LA ESPERANZA HA NACIDO MUERTA

JOSÉ ICARIA

NO FUTURE





Colabora con la
CULTURA LIBRE

EDITORIAL & IMPREMTA SCCL

DESCONTROL

Desde el principio, **Editorial Descontrol** apuesta por las licencias de publicación libre, **Creative Commons,** por eso, podéis copiar, distribuir y descargar libremente nuestros libros. Algunos libros de nuestro catálogo se encuentran en libre descarga

Evidentemente, la cultura libre no quiere decir gratuita, el precio del libro incluye derechos de autor, de corrección, traducción editorial, imprenta...

Si estás a favor que la cultura siga siendo libre, p**uedes colaborar haciendo una aportación a nuestra editorial**, así ayudas a la cultura o, puedes hacerlo realizando un ingreso a la siguiente cuenta corriente:

ES52 3025 0011 7614 0012 4093
Concepto COLABORACIÓN CON DESCONTROL

Muchas gracias por el apoyo!

LA ESPERANZA HA NACIDO MUERTA

Autor: José Icaria

Ilustracion portada: Ana Palacín

ISBN: 978-84-17190-21-7
Depósito Legal: B 5209-2018

Editado, diseñado, maquetado y impreso por:
Descontrol Editorial - *www.*descontrol.cat
editorial@descontrol.cat

LA ESPERANZA HA NACIDO MUERTA

José Icaria

EDITORIAL
DESCONTROL

El más terrible de todos los sentimientos
es el sentimiento de tener la esperanza muerta.

Federico García Lorca

A la esperanza. Yo la vi una vez brillar en los ojos de una niña, que había recuperado su caja de juguetes, en medio de un desahucio, y atravesaba, sonriente, un pasillo flanqueado de antidisturbios…

A Juani, por su apoyo; a los Bio-lentos, por cabalgar el sueño.

A Descontrol, por apoyar la poesía crítica en Barcelona.
Quizá de forma prematura, si tenemos en cuenta
que aún nos contamos entre los vivos…

PRÓLOGO

En una ocasión pude escuchar, entre las brumas de un cenáculo de poetas, a alguien que, copa en mano, bromeaba: «¿Sabéis qué os digo a todos? Que si no fuera..., me gustaría ser José Icaria». En efecto, José Icaria parece predestinado a reposar en los escalones de la Academia, mientras pela tranquilamente unas pipas…

Y sin embargo, me consta que José Icaria se encuentra perfectamente cómodo en ese papel, una especie de vía ascética a la que le conduce la práctica del ejercicio poético, alejada de cualquier pretensión que no sean los supuestos que le animan, porque, como él dice, *no sabemos hacerlo de otra manera*, o, *a estas alturas, para qué estropearlo...*

Prontamente huido de los escenarios asociados a los recitales convencionales, pero también de los que congregan a un público inusualmente masivo, ha desarrollado la mayor parte de su actividad en grupos como Aude y finalmente, Los Bio-lentos (Poesía al Rescate), en la calle, especialmente en lugares donde se practica la desobediencia. Junto a los recitales se han organizado también acciones poéticas, como la campaña de apoyo a los mineros («La poesía con la minería»), o contra la especulación inmobiliaria (sucesivos «Ratsodes»). Los Bio-Lentos también coordinan un par de micro oberts en Barcelona, en un claro compromiso con la poesía porque sí (la que no busca el aplauso; aquella que, en suma, sigue el precepto lizaniano: «el poema, no el poeta»).

Los poemas que componen este libro corresponden, en su mayoría, a los últimos años de su experiencia jun-

to a Los Bio-Lentos (cuya primera aparición se remonta a mayo del 2012, con la simulación de una carga contra una sentada de la Pah, y la posterior actuación poética, dentro de los actos del primer *revival* del 15-M).

Se trata, a menudo, de poemas de una cierta extensión, cuyos versos son asimismo excepcionalmente largos, nacidos del compromiso de una deconstrucción exhaustiva de los bochornosos tiempos que nos toca vivir, esto es: de redistribución de la riqueza bajo el disfraz de crisis, ante unas máscaras que caen, una tras otra, sin que realmente ocurra nada, bajo una recurrente maniobra de mixtificación.

El ritmo adquiere una gran importancia: José Icaria tuvo algunas dificultades al empezar a trabajar con poemas tan extensos: Paula o el llanto requirió de esfuerzos suplementarios: las diferentes partes se elaboraron bajo estados de duermevela, con la intención de mantener la tensión siempre constante.

También adquirió la costumbre de pasear los poemas, con el fin de ajustar rítmicamente las estrofas. Se trataba de recitar los poemas que acababa de escribir a través del pasillo de casa, mientras las palabras se iban acomodando a la cadencia rítmica deseada.

Había también un compromiso literario en cada uno de los poemas (tanto en los más abstractos como en aquellos más narrativos), una voluntad de originalidad y una clara intención en la contundencia del enfoque, cuya eficacia podía tender, tanto a un ajuste de cuentas con el poder, como a la crítica hacia las distintas formas de connivencia e incluso complacencia, haciendo especial hincapié en los hitos que nos han conducido

desde la llamada Transición hasta las últimas burlas de la posverdad.

La esperanza ha nacido muerta. El luctuoso título no pretende sumirnos en la desesperanza, constata simplemente su imposibilidad en un mundo basado en los actuales parámetros políticos y económicos. Por debajo de todos los fenómenos aparentes, sólo el avance imparable del neoliberalismo permanece como real y constante.

Los poemas de este libro confirman las sucesivas derrotas en los distintos frentes, pero también suponen un canto al inconformismo y la desobediencia, y, por último, celebran el triunfo de la invicta poesía: una flor extraña que vive ajena a la lógica del darwinismo social (y a las amigables tendencias, dentro de la propia poesía), un objeto sin objeto, como todo lo que de verdad importa, en un espacio cada vez más constreñido al pragmatismo.

La esperanza ha nacido muerta constituye, en primer lugar, una reflexión sobre este *cul de sac* al que nos ha conducido el neoliberalismo; y, en segundo lugar, una invitación a pensar las formas (no aparentes) posibles de escapar de él.

Estos poemas –en palabras del propio José Icaria– suponen también un agradecimiento a todas las personas solidarias que han aparecido en el camino, y van de vuelta, en compensación por todo lo aprendido de ellas y de los diferentes colectivos.

Pepa Puerro, poeta y ensayista.

.

1

El espectáculo (...) es una imagen de unificación feliz, rodeada por la desolación y el espanto, en el tranquilo centro de la desdicha.

Guy Debord

El camello visitó Sthetic Center

Al final, s´ha comprovat, els camells
arriben a passar pel subtil cos d´una agulla.

Miquel Bauçà

El camello visitó Sthetic Center
(no te pongas en manos de cualquiera)
y, sin grandes trabajos,
pasó por el ojo de la aguja.
Y al hacerlo dijo:
amigas, hay que cuidarse,
y, Europa va bien,
y, vivimos en una sociedad que valora tanto la imagen,
y, *Santo Súbito*,
y entonces apareció Manolo, el del bombo,
tamboreando las consignas,
y una multitud se echó a la calle,
gritando: por favor, orinadnos en la cara,
y los ricos se apeaban de sus jaguars
(oh, los perfumes, los modales, las corbatas):
y, con mucho gusto, decían, no tienen de qué preocuparse;
y los pobres –no mucho mejores– sonreían,

sintiéndose clase media:

oh, siempre ha sido así, desde luego, repetían:

es ley de vida,

y toda suerte de adverbios y refranes populares.

Y es aquí donde la náusea me invade, y surge el vómito, violento.

Pero sirve de poco: con infinita

paciencia, alguien lo recoge,

y lo encuentro de nuevo en el plato,

a la hora de la cena.

Me digo radical

Me digo radical
porque etimológicamente busco
en la raíz de las cosas.

Me digo radical
porque poéticamente detesto
andarme por las ramas.

Me digo radical
porque estoicamente podo
las rosas y dejo las espinas.

Me digo radical
porque diariamente siembro
una semilla entre las rocas.

Me digo radical
porque periódicamente riego
con sangre las heridas.

Me digo radical
porque desesperadamente aguardo
el fruto de la lucha.

Impotencia

Sentimos, ante los altos robots acorazados de la policía
(que sabemos también despedazar,
como un ejército de hormigas a una langosta),
la misma impotencia que siente el burgués
cuando entran en su casa y atan y amordazan a su
familia.

No tiene sentido ahora condenar o no la violencia.

Hubo centenares de despedidos,
y se brindó con champán, por el futuro de la empresa,
en esa misma casa.

Jornada de reflexión

Mañana prolongaremos un poco más la agonía
del señor Valdemar. Acudiremos
al pútrido estanque y verteremos allí
nuestros plateados, dorados peces
de papel. Estéril papiroflexia
de apellidos: espermatozoides que pugnan
por alcanzar el sagrado óvulo del Euro.

Acudiremos,
demostraremos que aún seguimos vivos,
arrojando una paletada de tierra
sobre nuestro féretro.

Oda al obrero de derechas

Entre egoístas, las experiencias de clase y solidaridad son imposibles e intrascendentes.

Ronald Aronson

Te deslizas, por la vida y por el calendario, con la sutil habilidad de un aromático y esférico excremento,

hábilmente amasado, conducido y modelado por el siempre leal y paciente, intercambiable, escarabajo pelotero.

Frustrado Sancho Panza, tus refranes se reducen a eslóganes televisivos: «la culpa es de los mercados», «la prima de riesgo está por las nubes», «al final, reconozcámoslo: hemos vivido por encima de nuestras posibilidades»…

Amasando, conduciendo, modelando tu cerebro, tu propio cuerpo, por las áridas, onduladas arenas del desierto.

En tu breve código genético de artrópodo se inscribió la básica programación: llegar a fin de mes, pagar la hipoteca, tener una casa propia.

Pero las boñigas escasean (de nuevo, época de vacas flacas), y debes aprender a recortar tu presupuesto, a reducir tu descendencia, a cercenar tus expectativas vitales.

Se trata sólo de amasar tu cerebro, de modelar, un poco más, tu cuerpo, de conducir, la vida y las opiniones, por el camino correcto: «ya vendrán tiempos mejores», «claro que robaron, pero también se creaba trabajo». «Toca hacer sacrificios, debemos adaptarnos».

Los excrementos escasean, la economía desacelera: crecemos, lamentablemente, más despacio. Nos vemos obligados a competir con coleópteros del sudeste asiático. No queda más remedio: habrá que bajar los salarios.

¿Huelgas? ¿Sirven para algo que no sea perder dinero?

Amasando tu cerebro, modelando tu conducta, conduciendo tu cuerpo por el camino correcto.

La crisis adquiere ya proporciones dramáticas. Se ha ido todo a la mierda. Al fin se ha destapado: todos están cubiertos de mierda.

Y, aunque la vida es una mierda, no queda una puta mierda para nadie.

Pero, si realmente estás motivado, si eres proactivo y tienes espíritu de superación, aún puedes ser un auténtico mierda, ganar una puta mierda y llevar una vida de mierda en un asqueroso y jodido mundo de mierda.

Casilla de salida

Vuelvo al Inem.
Regreso a la casilla de salida,
de donde quizá jamás
me habré movido un centímetro.
Me recibe el viejo segurata,
con su cuerpo fondón, la pronunciada
chepa y el viejo peluquín.
Lo sé, he de guardar tanda,
aunque concertara cita previa.
Pululan, a mi alrededor, extraños seres,
incapaces de volar, con su andar torpe y erguido:
perfectamente aptos para realizar,
con el debido entrenamiento,
cualquiera de los absurdos trabajos que,
a lo largo de mi vida, he desempeñado,
y, por qué no, de ascender a encargados, función
que requiere aun menor destreza.
En este momento,
estarán almorzando en muchos de esos sitios;
regresarán después a sus puestos de trabajo
(en la radio, continuará sonando la música de tu vida,
sólo éxitos de los sesenta, los setenta, los ochenta y los noventa):
algunos en silencio; vociferando otros,
alardeando de todas las nimiedades que componen
su mezquina existencia. Escupiendo su odio
contra el chivo expiatorio de turno

(la vida se vuelve tosca en espacios reducidos).
Algunos de aquellos, dignos luchadores,
habrán muerto de cáncer, o de puro aburrimiento.
La gente de mi edad se rascará el culo por la mañana,
ante el espejo, mientras contempla el íntimo declive.
Las mejores mentes de la nueva generación
partirán a trabajar a Alemania,
mientras que los mismos sinvergüenzas de hoy,
o sus hijos, continuarán impunes el expolio.
La funcionaria, enraizada a la silla, pregunta
(un gusano asoma de su boca, mientras habla):

– ¿Tienes algo más que añadir a tu currículum?

–Tan sólo –respondo, con calma– un poco más de odio.

Una envasadora, en Vícar, Almería

Operarias de una envasadora,
en Vícar, Almería,
continúan trabajando hasta quince minutos
después de que muriera un joven
en el puesto de trabajo.

...Gira ahora,
en la cadena de montaje,
una progresión de acordes para balada folk,
pero no hay palabras que envasar en los compases:
¿Por qué no detuvieron antes la máquina?
¿Por qué no ardió la fábrica?
Lentamente se extingue la música,
mientras son sustituidos
el operario y la emisora en el dial.
Bienvenidos a Radio Melodía, la música de tu vida.
Aprovechan, algunas operarias, para hacer sus necesidades.
Es tarde ya, para otras: la encargada las humilla
al pedir la llave del baño.

Suena la sirena
y, mientras Shakira atruena en la radio,
se reanuda la línea de producción.
Doscientas operarias espontáneamente arden
en una maquila, en Vícar, Almería,
un día cualquiera, mientras anochece...

Homenaje a los estibadores

Vamos a necesitar una buena plantilla de estibadores,
para empaquetar en fardos a los políticos,
los empresarios, ah, empresarios,
las televisivas marionetas,
y todos sus portátiles, *tablets* y *smartphones*,
sus tarjetas *black*, sus escándalos y sus comisiones,
y también, cómo no, sus beatíficas
depresiones, que los exculpan oportunamente de la
   cárcel,
y a los obispos y a los obejorros,
que liban las flores de privilegios heredados,
suspendidos, como colibríes, en el aire,
al vibrante vuelo de sus faldas,
y a los obreros zombis de derechas,
que hablan de privilegios, y de huelga salvaje,
mientras que un ojo se les descuelga,
y la bilis, largo tiempo acumulada,
se les derrama por el pecho.
Sí, vamos a necesitar muchos estibadores,
para empaquetar en fardos todos esos residuos,
y transportarlos a hombros, con todos los honores,
hasta los respectivos contenedores portuarios,
y de allí, a un barco sin regreso,
que naufrague (igual que zozobran nuestras vidas),
en un punto prudentemente alejado de la costa,
donde esos hilillos de plastilina
se derramen, para ejemplo
de las generaciones venideras.

Poema para la Txivi

A la Txivi

Caminas sobre el filo
de la vida y la libertad,
sobre un viejo disco oxidado,
a 77 revoluciones por minuto:
cristales rotos crepitan bajo tus pasos
y la aguja deja un rastro
de sangre entre los surcos.

La música obsesiva de Robert Wyatt
te mece ahora, y flotas en el sueño,
en un cuadro de Magritte, o de Kandinsky,
y de nuevo, las fuerzas del lado oscuro *truquen*
de matinada, e irrumpen en el sueño:
¡¡¡POLICÍA, POLICÍA, POLICÍA!!!, gritan,
como gorilas mutantes: coreografía
de videojuego, las armas te apuntan con el láser.

Y la pesadilla se prolonga, mientras desciendes,
por túneles oscuros, en el sueño,
junto a José Carlos, Juan José, Yolanda y Xabier
(los llamados «Cinco de Sabadell»),
acusados de enaltecimiento del terrorismo
y pertenencia a banda armada, te dice,
el funcionario; le dice, a Joseph K, en el sueño.

Desciendes por túneles oscuros, sinuosas galerías
(súbitos, metálicos portazos,
la cadencia de la pálida luz,
el eco mortecino de los pasos),
y eres arrojada, en régimen FIES,
a un angosto calabozo de paredes
viscosas y palpitantes. Uno. Dos. Tres...
Ciento veintitrés días.

Y de nuevo, emerges a la vida,
con renovadas fuerzas, con renovada ilusión:
la Idea viaja roja por las venas, e ilumina,
en la negra oscuridad. Y ahora,
la Txivi es una antorcha, la Txivi es una bengala
que vibra, en el tejado de una okupa,
y en todos se derrama, con su luz...

Dignity

Tryin' to read a note somebody wrote
About dignity

Bob Dylan

Tus compañeros de trabajo, miserables y embru-
tecidos,
corroídos por la envidia y desprovistos
de la más mínima conciencia de clase,
te hacen involuntariamente el pasillo,
mientras sales a reparto:
en la lánguida emisora de la música de tu vida
(imprescindible en todo centro de trabajo
con currelas de una cierta edad),
está sonando *Dignity*, de Bob Dylan.

He llamado yo, amor mío, y te la he dedicado...

2

Nosotros lo que hemos hecho es engañar a la gente.

M. Rajoy

El entierro de Suárez

No hay poder capaz de fundar el orden por la sola represión de los cuerpos por los cuerpos. Son necesarias fuerzas ficticias.

Paul Valéry

Al entierro de Suárez,
en pleno acudió,
compungida y sin boato,
la *modélica* Transición.

Los cadáveres en las fosas
insistían, por favor,
no remuevan el pasado,
eso ya se nos pasó:
la vida es con frecuencia dura,
la bala apenas nos dolió.

Y en el Valle, los Caídos,
como muestra de amistad,
celebraron un partido
la víspera de Navidad.

Los abogados de Atocha,
el conserje de El Papus,
los obreros de Vitoria
y los de la Sala Scala
fueron largamente ovacionados
por la Asociación de Víctimas del Terrorismo,

mientras la propia presidenta, conteniendo la
emoción,
los condecoraba.

Una división acorazada de elefantes,
por Valencia, a altas horas desfiló,
como muestra de conduelo
de la Casa de Borbón.

Catalunya enardecida
también participó
con un *3 de 9 amb folre*
de los Puig y los Pujol.

En traje de baño de pana
Felipe González arribó;
le hacía de contramaestre,
Alfonso Guerra, en el Azor.

Mientras tanto en la bodega
un motín se sofocó:
un nutrido grupo de intelectuales
sí, dijeron a la OTAN, donde antes fue que no.

La Guerra Civil miraba, desde afuera,
bajo un manto de silencio;
evitaba su mirada lo política
y culturalmente correcto.

Fumando, Santiago Carrillo esperaba
a los Pactos de la Moncloa,
que, tomados de la mano del consenso y la cohesión,
llegaban, con paso lento, justamente ahora.

De la Constitución, los Padres, seguían buscando un vientre de alquiler;
Gutiérrez Mellado y Tejero, pegados, bailaban un tango;
había café para todos: invitaba Mario Conde,
mientras Torrebruno a la Carrá, no paraba de meterle mano.

Cerraban por fin el cortejo
los cuartos de las doce campanadas
y los de los sucesivos mundiales,
el doceavo gol a Malta,
una teta de Susana Estrada
y otra, muy deteriorada,
de Ana Obregón.

Celebróse, por último, la misa:
el monarca, en su discurso,
apenas si se atropelló:

«Mi querido amigo Adolfo,
epítome de la Transición,
en ti el olvido en alzheimer,
por todos nosotros se somatizó...

»Todo estaba atado y bien atado,
pero todo lo cambiamos para que no cambiara nada:
relegamos la historia a la política, la política al mercado.
Y, mientras tú vuelves al polvo,
nosotros, ahora y aquí, reflexionamos:
de aquellos polvos, mi querido Adolfo, estos lodos...»

Elegía a Jesús Hermida

Te vas... Jesús... Hermida...
a lomos... de... tus ondas...
rodeado... de... miríadas... de palabras...
ingrávido... rebaño... que...
ahora, huérfano... te-a... compaña...
Oh, concéntrico y... me-recido...
cinturón... de... as-teroides.
Tú... que en tiempos... aún... oscuros...
nos cogiste... de... la mano...
y... nos... soltaste... en el Mar... de la...
Tran-qui-lidad... Tú, que... sin mácula...
en-gendraste... en Nieves... Herrero..
el santo y... morboso... en-trete-nimiento.
Descansa... ya, Jesús... Relaja... tus vértebras
cer-vicales... Peina... tu... flequillo...
Mientras... nosotros... aquí
apenas... empezamos... a des-cubrir...
la cara... oculta... de tanta...
miseria. De tanta... des-vergüenza.

Barcelona expira

Para Manel Gonzalez, cuya experiencia en el Raval fue reconocida como «violencia inmobiliaria» por primera vez.

Barcelona expira.

Barcelona, la vieja Barcino, estimada *Rosa de Foc*. Barcelona, la sangre de un pueblo instruido que un día, tomó del montón.

Barcelona expira.

Barcelona, sumida en una noche interminable, culmina en el gran castillo de fuegos artificiales de los Juegos Olímpicos de Barcelona 92;

Con Freddy Mercury y Montserrat Caballé (ese viejo mamut del Pleistoceno, cuyos huesos se han descubierto en Suiza y en Andorra), y los Manolos, y Peret,

cantando Barcelooooonaaaaaaa, all my loving, Barcelona es poderosa, nainonainonai.

Barcelona expira.

Y el Tripartit y Ciu pusieron guapa a Barcelona, echando a la gente de sus barrios, especulando con cada palmo de terreno, con cada brizna de hierba,

dejando morir de pena a los ancianos, exterminando la vida en aras del asfalto, el cemento y la *tochana*.

Barcelona expira.

El Hotel Raval, *el Forat de la Vergonya*, los asesinatos de la *Rue* Robadors, el *Fòrum de les Cultures*, el Hotel Vela, y, por supuesto, la gran polla de purpurina de la Torre Agbar.

Barcelona expira.

Por favor, sígame, sé lo que necesita, puedo proporcionarle la mejor compañía, después de una dura jornada en el Mobile World Congress.

Pero, si usted es un jeque árabe, podemos convertir el CCCB en un jacuzzi, para que repose tranquilamente con sus concubinas.

Barcelona expira.

Barcelona, *la botiga més gran del món* (con descuentos del 3, el 5 y hasta el 10%), hoteles y un eterno tsunami de guiris, cerveza y vómito nocturno, puntualmente digerido por la diligente maquinaria de Barcelona Neta.

Barcelona expira.

Barcelona, un ejército de centuriones (antiguos pistoleros al servicio de la patronal), una boa constrictor, que oprime a los pobres,

y asciende, sinuosa, hacia los barrios altos, donde exhibe el lujo acumulado en sus brillantes escamas, junto al frío desdén de sus ojos reptilianos...

Barcelona expira.

Pero la riqueza nunca duerme tranquila. Sabe que, bajo la ciudad, palpitan los restos de un antiguo volcán, y que *qualsevol nit pot sortir el sol* del mundo nuevo que aún brilla en nuestros corazones.

El incidente

Esta mañana, alrededor de las 7 horas, y sin motivo aparente, los habitantes del Estado Español han empezado a suicidarse.

Una de las primeras ha sido la escritora Belén Esteban, que a la sazón se encontraba en un plató de Telecirco, junto a Ana Rosa Quintana.

La madre coraje se ha inmolado al grito de *¡Andrea libre!*, dejando el suelo perdido de un polvillo blanco, como un fluorescente abatido..

A continuación, la propia Ana Rosa se ha machacado la cabeza, golpeándola, ante las cámaras, con uno de sus más recientes éxitos literarios.

Centenares de toreros se han arrojado de espontáneos en las pruebas clasificatorias de lanzamiento de jabalina, dándose el estoque de gracia, unos a otros, cuando no morían en el acto.

Bárcenas ha depositado en Correos decenas de cartas bomba dirigidas a diferentes casos aislados y horas después, recreándose desde su terraza con los fuegos artificiales, ha invitado a su mujer a brindar con champán envenenado.

Aznar, y la alegre comitiva que acudiera a la boda de su hija, se han sumergido en el depósito de aguas fecales de la comunidad madrileña y se han suicidado reteniendo la respiración, a lo Diógenes.

Importantes directivos se han encerrado en acorazadas cámaras bancarias y se han adormecido con los gases de sus Audis.

Representantes de los sindicatos mayoritarios y de la patronal se han reunido en una marisquería y atiborrado hasta explotar. El suelo parecía el estómago diseccionado de un tiburón.

Los presentadores de Master Chef se han asestado más de cien puñaladas con un cuchillo jamonero antes de expirar, mientras un fundido en negro se cernía sobre el aclamado «León come Gamba».

Los entrevistados de TV3 contrarios a las huelgas de metro se arrojaban a su paso: las paredes se cubrían de grafitis sanguinolentos.

Los investigados, en las cárceles, se ahorcaban con sus propias corbatas, mientras los presos se santiguaban y admitían que eran unos señores.

Los de las puertas giratorias ponían cuchillas en los extremos e introducían la cabeza cuando sentían expandirse el aroma del ambientador en la calle.

Los antidisturbios se golpeaban con sus porras extensibles, se disparaban pelotas de goma al plexo o a los ojos, usaban las armas reglamentarias y las otras.

Los habitantes de los barrios altos destapaban los zulos del dinero negro y se hacían emparedar en ellos, junto a sus fieles mayordomos.

Las multitudes, en los campos de fútbol, se golpeaban con palos, navajas o cadenas, hasta el penalti final, sin que nadie quedara para hacer sonar el silbato.

Las pijas, en las tiendas, pedían bolsas de sus marcas preferidas y se las ataban a la cabeza, hasta que dejaban de respirar.

Los evasores fiscales se lanzaban a las aguas, infestadas de tiburones, del Canal de Panamá, con bañadores amarillos.

Los obreros de derechas se autodespedían y se golpeaban hasta la muerte con las armas de los antidisturbios fallecidos en acto de suicidio.

Los agentes inmobiliarios incrustaban una cuña en el pedal del acelerador de las máquinas excavadoras y se arrojaban a su paso.

El rey emérito se disculpó ante las cámaras y, después de jurar que no lo haría más, se descerrajó la cabeza de un disparo.

…La sangre cubría la península de parte a parte cuando, al cabo de un día cesaron los puñales, cesaron los disparos.

Los medios de comunicación especularon acerca de los motivos que originaran el incidente:

El viento habría esparcido el hediondo olor que exhalaban los cerebros en descomposición de nuestros queridos compatriotas, dando lugar a tan extraño comportamiento.

Porque España es una gran nación, llena de españoles y mucho españoles, concluyó, impertérrito, el presidente, aclamado por una estruendosa y unánime ovación del Congreso, puesto en pie.

La élite

Sí, han ganado guerras, pero eso
no los convierte en los reyes del diálogo.

Poseen el poder económico, pero eso
no los convierte en los reyes de la negociación.

Poseen una esmerada educación cristiana, pero eso
no los convierte en garantes de la Ética.

Han ganado, repetidamente, las elecciones, pero eso
no los convierte en no culpables.

Poseen el control de las fronteras, pero eso
no garantiza el libre tránsito, excepto del dinero.

La prensa los califica como líderes, pero eso
no les impide hacer el ridículo en las cumbres internacionales.

Se llaman a sí mismos los garantes de la paz y del consenso, pero eso
no nos impide escuchar, tras su risa sardónica, el zumbido de los *junkers* alemanes.

Poseen el poder de los medios de masas, pero eso, evidentemente,
no garantiza un adecuado acceso a la información.

Poseen el poder ejecutivo, legislativo y judicial, pero eso
no les impide llamar a la farsa Democracia: «Una Democracia avanzada, como la nuestra», repiten.

Están ganando la guerra, como dijo Warren Buffet, pero eso,
tampoco a ellos les protege del calentamiento global.

Son los artífices de la burbuja inmobiliaria, de la crisis y la corrupción (distintas caras de un mismo poliedro), pero eso
no les impide seguir dictando leyes contra las víctimas, seguir enriqueciéndose a sus expensas, como infectas garrapatas.

Sí, todo lo poseen, incluso lo intangible: han reservado ya un sitio en el cielo, pero eso
no nos impide a todos pensar que, de existir, arderían en el infierno.

Y sin embargo yo, que nada poseo, tengo el poder de la mirada y, cuando mis ojos
se clavan en los suyos, no les queda otra que bajarla, aunque cobardemente rían, como ratas.

La eterna rotonda

Los huesos de nuestros ancestros
en el armazón de cientos de pantanos,
conteniendo la sed de un pueblo.

Los sueños de nuestros hijos
sepultados en el asfalto:
no future, autopista al infierno.

¿Cuántas veces tiene una persona
que orbitar la rotonda del *así está montado*
fingiendo no ver? La respuesta,
amigo mío, está escrita en el Fakebook.

Ajuste de cuentas

La venganza callada de millones de muertos.

Ángela Figuera

A los niños, no les salían las cuentas en el colegio.

Señorita no me sale. ¿Cómo no te va a salir, Fernando? A ver, empieza de nuevo.

Y el niño, mientras limpiaba la pizarra, se sentía como un vendedor de clínex, en el semáforo.

Está bien, ve a sentarte. Y ahora, fijaos bien.

Tres por cuatro doce me llevo una, siete por cuatro veintiocho, me llevo… ¡Crack!

(Se le había partido la tiza). Pero q-q-q, ¿qué es lo que pasa?

Las escuelas colapsadas: a los niños no les salen las cuentas y tampoco a los maestros;

el éxcel y las calculadoras devuelven invariablemente error;

el informe Pisa relega un año más a España a la cola de la OCDE.

Una comisión de expertos en investigación matemática se encargará de resolver el problema.

Pero los días se suceden, y el informe queda sepultado bajo la diaria avalancha de noticias.

Por último, cuando la mayoría de los miembros han sido encarcelados (acusados de sedición o enaltecimiento del terrorismo) o desaparecido, en extrañas circunstancias,

Wikileaks desvela al fin el controvertido veredicto de la Comisión Matemática:

Preámbulo. Las cuentas no salen, ni saldrán nunca en este país

–a menos que, como tradicionalmente ocurre, se falseen– porque, señoras y señores:

Primero. Ciento cuarenta mil muertos en las cunetas.

Segundo. Trescientos mil niños robados.

Tercero. Cientos de miles de millones de euros en Suiza…

Conclusión: Un problema podrá resolverse si y solamente si correctamente se hubiere planteado.

Valencia, 30 de febrero de 2017.

A por ellos, oé

Y ahora van a por vosotros.

José Suñé, Odo

El *A por ellos, oé*
(anhelada letra del himno,
aunque no encaje, joder),
contiene, como el polifónico
y viril grito de Tarzán,
una entrañable amalgama
de inmarcesibles sonidos patrios.

Destaca, en primer lugar,
el Franco, Franco, Franco
de las plazas atestadas,
y el *Que viva España*,
de Manolo Escobar,
la meliflua voz del Caudillo
y el trote hípico de la Guardia Mora,
junto al zumbido de las Harley Davidson.

En segundo lugar, destaca
el eco de obligados albañiles
ajustando los ladrillos
en acuáticos anfiteatros,
cuyos muros apuntalan
miles de esqueletos.

En tercer lugar, los disparos
en el Campo de la Bota, al alba.

En cuarto lugar, el crujido
de las cervicales de los últimos
ajusticiados a garrote vil.

En quinto lugar, más disparos:
interminables, en la mayor
paliza de la historia;
a quemarropa, en Atocha 55.

En sexto lugar,
el motor de los aviones
que despegaban, con regularidad,
de diferentes aeropuertos
y, entre el pasaje –¿puede
haber algo más común?–,
monjas que acunaban, en sus brazos,
bebés: bebés robados.

En el lugar uve doble palito
el fragor del fuego en el incendio
de la Sala Scala, que pasó luego,
sin apenas transición, de la costa,
al resto de España. Resonó,
de nuevo, el eco del ladrillo en la mañana.

En octavo lugar, el puedo prometer
y prometo, el avance informativo
del rey, el por consiguiente,

el *ara no toca*, el España va bien,
la *Champions League* de Zapatero
y los casos aislados de un tal
M. Rajoy.

Y, en el no lugar
–permitid que os sea completamente franco–
el silencio. Los amplios espacios vacíos
del pensamiento y la dignidad.
La cacareada furia española
se convierte en el maullido de un minino
cuando se le aplica el termómetro
del miserable salario mínimo, en relación
con la subida de productos y servicios básicos.
Nuestros ricos no pagan impuestos: el mantenimiento
de la patria es cosa de pobres, y eso nos convierte
en el pintoresco pueblo del sur,
con su folclore y su picaresca,
donde la universidad ya no es para los pobres,
la vivienda se ha convertido en un lujo,
los hospitales se caen a pedazos,
se roba la pensión a los mayores,
no se llega a fin de mes ni con tres trabajos,
y los niños pasan hambre en el colegio…

Y ahora, griten conmigo:
¡¡Viva Honduras!!, ¡¡A por ellos, oé!!
.

«Pobreza energética»

El presidente de Iberdrola gana casi 42.000 euros al día. El
próximo
30 de septiembre apagará 65 velas en su pastel de cumple
años
Pero
cuántas vidas se apagarán entre tanto…

Sermón del Padre Icaria



… Durante el Acto Penitencial reconocemos que hemos pecado y pedimos perdón por nuestra falta de compromiso y manifiesta autocomplacencia. Luego vienen las invocaciones *Así está montado*, a las que el pueblo contesta: *Qué se le va a hacer*, para manifestar con claridad su arrepentimiento. Es bueno confesarse, al menos, una vez al mes. Y, si hay que confesarse en la misa, es preferible venir lo antes posible.

https://youtu.be/k7uNtWLZn0M

Rumba de los Impriendedores



Mi barrio está lleno de Impriendedores
personas que buscaron la inspiración
en sus corazones...

https://youtu.be/zjqVkEWygyA

3

Nuestras películas y novelas de ciencia ficción se catalogan, cada vez más, en la sección de cine y literatura de terror.

Zygmunt Bauman

A través de la chimenea

Anoche, desvelado, me asomé a la ventana y,
más allá del cono de vapor que fosforecía
bajo la farola, contemplé el haz de humo
que exhalaba una casa suntuosa.

Y, casi sin proponérmelo,
descendí por el tubo de la chimenea
y me introduje en el comedor
(una planta abierta, aireada y extensa):
el matrimonio reposa en el sofá,
una viva llama hace crepitar los troncos…

Mientras dormitan me pregunto
cómo será la vida sin la angustia del mañana,
qué se sentirá al saber que el mundo gira
alrededor, no del Sol, sino del Dinero,
y de los ideales propios de su clase.

Un respingo del tipo me proyecta de nuevo
–en un rápido remolino ascendente–
a través de la chimenea, hacia el espacio.

Y mientras floto en el aire gélido de la noche,
me pregunto si (a pesar de que la profesión
de uno de ellos sea la medicina),
alcanzarán siquiera a imaginar
la cuota de sufrimiento necesaria
para mullir su abotargada felicidad.

En la sala de espera

Permanezcan a la espera, todas nuestras líneas se encuentran ocupadas.

En la sala de espera, todos desesperan, esperando.

Los parados, un trabajo. De lo que sea, por lo que sea, como sea.

Los currelas, el salario. ¿Otro mes sin cobrar? Esto no hay quien lo soporte.

Los funcionarios, el retiro. Me haré un plan de pensiones, por si acaso.

Los enfermos, una cama, una prótesis, una lista de espera, una ambulancia.

Permanezcan a la espera, todas nuestras líneas se encuentran ocupadas.

En la sala de espera, todos desesperan, esperando.

Los pensionistas, un aumento. Para ir al pueblo de al lado, mejor me olvido del Imserso.

Los jóvenes, un trabajo en el extranjero. He de mejorar mi inglés, para que me hagan el griego.

Permanezcan a la espera, todas nuestras líneas se encuentran ocupadas.

En la sala de espera, todos desesperan, esperando.

Los propietarios, los tiempos de bonanza. Verás como todo se arregla, en cuanto vuelva a fluir el crédito.

Los obreros de derechas, los tiempos de Franco. Al menos, había trabajo.

Los imbéciles, una nueva edición de Gran Hermano. Si no, ¿de qué hablamos?

Permanezcan a la espera, todas nuestras líneas se encuentran ocupadas.

En la sala de espera, todos desesperan, esperando.

Los cristianos, la resurrección de la carne. Aceptemos lo que venga. En la otra vida habrá una recompensa.

Los catalanes, la Independencia. Lógico, aquí se prefiere, a Faulkner, Kafka.

Los dependientes, la ayuda a la dependencia. Sin ella, no nos llega para la hipoteca.

Permanezcan a la espera, todas nuestras líneas se encuentran ocupadas.

En la sala de espera, todos desesperan, esperando.

Los cadáveres en las cunetas, a ser desenterrados. Relegadnos al olvido. Pero la injusticia y el oprobio que segaron nuestras vidas corroen también vuestros huesos, y como nosotros, seguiréis atrapados en el bucle interminable del mismo viejo disco rayado...

Permanezcan a la espera, todas nuestras líneas se encuentran ocupadas.

En la sala de espera, todos desesperan, esperando.

Entre las últimas filas se encuentra también la Penélope, de Serrat, con su bolso de piel marrón, sus zapatos de tacón, y su vestido de domingo. ¿Ha llegado, para mí, alguna carta?, le pregunta el coronel. Y por último, el

fantasma de un marino soviético emite un dramático cablegrama: Por favor, el aire se agota, en el submarino…

Permanezcan a la espera, todas nuestras líneas se encuentran ocupadas.

Permanezcan a la espera, todas nuestras líneas se encuentran ocupadas.

Permanezcan a la espera, todas nuestut-tut-tut-tut-tut-tut-tut-tut-tut...

BIG BANG

Una ciclópea explosión,
en el principio de los tiempos,
puso el Universo a caminar,
y desde entonces,
como en una enloquecida atracción de feria,
se alejan los cuerpos entre sí,
en una infinita huida hacia adelante.
Y los jóvenes se alejan de la familia
(vente a Alemania, Kevin),
y los obreros se alejan de sus ideales de clase,
y el dinero se aleja a los paraísos fiscales,
y el barco se hace pequeño
cuando se hunde en el mar,
y los cuerpos giran centrípetos
–como en la noria de Truffaut–
y aislados, en un colosal naufragio,
en la infinita deriva cósmica.
Y sólo quedan las ganas de llorar,
al ver que nuestro amor se aleja.
Y también se aleja la esperanza en el progreso,
y las miradas, en la calle,

y el barco se hace pequeño
cuando se hunde en el mar,
y unos hilillos de plastilina
empiezan a borbotear.
Y las especies se alejan del Holoceno,
y el mercurio asciende en el termómetro,
y el nivel del mar también asciende,
y el barco aflora otra vez,
cuando el mar se hace desierto.
Y la canción se aleja de la música,
y, de los versos, se aleja la poesía,
y Disney, Disney, Disney, Disney,
más Disney por favor,
que toda la vida es frívola,
que toda la vida es frívola,
que toda la vida es frívola,
y los sueños
                    ya no son…
Todas las cosas se alejan, en un demorado Big Bang,
y sólo los productos y los seres confluyen,
en un abigarrado Big Crunch,
en la furia somnolienta del supermercado,
¡hacia la gran confederación de todos los empujadores
de carritos!, hasta que al fin seamos todos niños,

y la cajera nos pistolee aburrida,
como en la intro de un episodio de los Simpson's,
y, ya devueltos al carrito primigenio, reposemos,
junto al resto de átomos, bellamente empaquetados
en relucientes cajitas de colores made in Germany,
hermanados en la nietzscheana circularidad del instante eternamente repetido,
y ¡SIEMPRE UN POCO MÁS DE TODO!,
gritaremos,enardecidos,
y, con lágrimas en los ojos, nos alejaremos,
mientras la cajera, aburrida, nos mira un instante
y continúa pistoleando seres y productos que amalgama,
¡Oh, divina Hacedora!,
en el carrito de la compra, el mismo
que una civilización, años luz alejada,
ciegamente venera, sin comprender aún,
en las noches primitivas, al calor de la llama,
cuando, en la cima del cielo, arrobada contempla
el geométrico destello de la Osa Mayor.

La esperanza ha nacido muerta

El más terrible de todos los sentimientos es el sentimiento de tener la esperanza muerta.

Federico García Lorca

Los cielos aparecen cubiertos de hondas, supurantes cicatrices.
Los ríos se arrastran moribundos, acribillados a balazos.
Los mares, cuarteados, se pliegan en sus goznes de sarcófago.
Los organismos, meteoritos, se extinguen en la efímera noche de verano.
Oh, por favor, no digáis nada a los niños. La esperanza ha nacido muerta.
Los idiotas se alzan con todas las medallas en los Juegos Olímpicos.
Los féretros se cubren de banderas y deambulan por las calles, entran en las tiendas, se sientan en los bares.
Decenas de millones de asteroides orbitan las rotondas, en aburridos movimientos de rotación y traslación,
alrededor de sí mismos, alrededor de expresiones como: «así está montado», «qué se le va a hacer» o «es ley de vida»…
Oh, por favor, no digáis nada a los niños. La esperanza ha nacido muerta.
Y me cruzo con Kafka, con Huxley y con Orwell, por la calle: se han afeitado la cabeza; han perdido la apuesta.

Un rebaño de televisores pace en el prado. Sus pantallas parecen estáticas, desde lejos.

Los hospitales, al fin, se han convertido en bancos. La sangre coagula en dinero; el dinero se lava en sangre.

Los asesinos acunan dulcemente al corazón delator y todo el mundo calla para no despertarlo.

Se desentierra a los muertos; se les maquilla; se apuntalan y fotografían: espeluznantes retratos genealógicos; pálidas escenas costumbristas.

Oh, por favor, no digáis nada a los niños. La esperanza ha nacido muerta.

Shylock, el usurero de Venecia, vuelve a exigir su libra de carne. El Tribunal Europeo le da la razón.

Los poetas imitan a Chiquito de la Calzada. Las folclóricas reanudan la Academia y el Peripato. Anochece, como poco.

Hay un partido de fútbol que nunca concluye. Los espectadores envían truncados wasaps a casa… ¡¡Uuuuuuuuy…!!

En el sumidero de la ducha, el alma yace enredada, junto a los pelos del pubis.

Las presidentas del Congreso y del Parlament se aman. Sería romántico, si no fuese porque, para seguir la tradición, adoptan un bebé robado.

No me quedan ya más hojas. Se me ha secado la saliva. ¿Continuaréis la labor? ¡Escupíos los unos a los otros!

Oh, por favor, no digáis nada a los niños. La esperanza ha nacido muerta.

Europa

No hay alternativa

Margaret Thatcher

En lugar de arrancarnos los ojos
–como Edipo,
tras conocer la verdad–,
depositamos nuestros ahorros oculares
en ilusorias pantallas de plasma,
y a pesar de todo, una luz blanca
(la luz blanca que restalla al destruir el nervio óptico)
surcó, de punta a punta, el helado continente.
Europa era una pista infinita de patinaje,
donde todo resbalaba
(las personas, sus derechos, sus ilusiones),
mientras el dinero se acumulaba
en funcionales iglús de diseño.
Entretanto, la luz blanca se extendía
y penetraba en cada casa; afuera,
la ventisca, el crudo invierno.
Y la gente se calentaba al calor del miedo…
¡Qué triste Europa, en la perdurable Glaciación,
tras sus vallas, sus alambres, sus cuchillas,
sus porteros de discoteca nazis!
Quizá se confunda, desde fuera, con un edén, una fría
urbanización para ricos; desde dentro,
por momentos se revela como una cárcel de helados barrotes.

Una luz blanca recorre Europa y se infiltra en la mente.
La luz blanca de la Nada, donde todo se desvanece:
el futuro, el apoyo mutuo, la solidaridad…
Los ricos dormitan, con sus reservas de grasa,
en el invierno glacial, mientras que los pobres,
osos polares, aislados y enflaquecidos, en su islote,
sienten resquebrajarse el hielo bajo sus pies...
Si es que no encuentras la alegría en esta tierra,
búscala hermano más allá de las estrellas.

Un meteorito impacta en la Avenida del Paral·lel

Mientras paseaba por la Avenida del Paral·lel, en Barcelona,
fui testigo del impresionante impacto de un meteorito,
que, en cambio, pasó inadvertido para el resto de viandantes.
Henri Cartier Bresson, el fotógrafo del instante decisivo,
habría sabido capturar las sinuosas
tracerías luminiscentes de los vehículos,
el rímel corrido de los semáforos,
la fosforescente secuencia de los paneles de neón
(fucsia, azul celeste, anaranjado vivo, turquesa, amarillo),
las fantasmales siluetas de los peatones, desdibujados en su movimiento,
y, por último,
la luz cenital del rótulo del supermercado,
creando sombras profundas en el rostro de la mujer
que, hincada de rodillas y con los brazos en cruz,
suplica una limosna, por favor, para alimentar a mis hijos,
con un indeterminado acento extranjero,
justo en el momento en que un chiquillo se aproxima,
montado en una minúscula bicicleta encarnada
(los faros de un taxi estacionado iluminan ahora frontalmente la escena):
el momento del impacto de un beso del niño en la mejilla de la mujer.

Ella

Una mañana enmohecida
de domingo. La calle,
aún en sombra, empieza a llenarse
de ancianos y minusválidos.
Cuento hasta cinco:
un callado, una muleta, dos muletas.
Un tipo que camina
de modo espasmódico.
Un grupo de adolescentes
con tejanos agujereados en las rodillas.
Y de repente,
tengo esa visión,
el cotidiano *apocalipsis zombi*.
Pero entonces, llega ella:
¿Sabes? Por primera vez,
en años, he hecho cola en la panadería.
¡Pan de verdad, Jose!
Ella…

Llamando a la Tierra

A veces me pregunto si no habré muerto hace tiempo y sólo por inercia recorro los itinerarios calcinados.

O si habitaré acaso una quimera, como el *Segon Origen*, de Pedrolo, poblada de infinitos hologramas.

Sé que tengo un domicilio, pero jamás recibo cartas. Saludo en el rellano a los vecinos, pero ninguno me responde.

Alguien ocupó mi puesto en el trabajo. Acudí al sindicato, pero todos miraban al suelo.

Me siento en el parque y contemplo las nubes reflejadas en un charco. Alguien me mira. Alzo la cabeza y no hay nadie.

A veces se celebran elecciones, o la navidad, y las calles amanecen cubiertas de rostros, eslóganes o guirnaldas.

Monto en la moto y conduzco al azar. Contemplo las caras en la caravana, infinitos eslabones de una interminable cadena.

Me siento en un bar y pido un café. En las mesas, hay una incomprensible algarabía: las palabras son tan sólo la textura del ruido.

En la frutería, alguien observa una injusticia, como de costumbre, desde el ángulo equivocado. Si intervengo, se genera una espontánea coreografía, y alguien filma un *flashmob*.

Pongo la radio o la televisión y, mientras cambio de canal, me zambullo en el exasperante mundo de Lewis Carroll.

En el silencio de la noche, escucho el llanto de un niño, una pareja haciendo el amor; y mi amante, que hace tiempo se marchó, o tal vez me echó de casa, se voltea y me despoja de la manta.

Y en medio de la noche cósmica, me alzo e ingrávido floto, como un astronauta en un paseo por el espacio.

Aaaaa aa aaaa aa aaaa aa aaaa
… llamando a la Tierra,
esperando contestación…

Una vez escribí poesía; giran ahora, entre sargazos de basura espacial, las palabras…

Paula o el llanto

Quien no llora, no ve

Víctor Hugo

Va curvada como un signo de interrogación

Dámaso Alonso

I

Adagio con anima

Paula despertó de un sueño gris, plagado de ceniza:

recubierta de una materia viscosa, fue violentamente vomitada por una terrible fuerza centrípeta;

no quedaban ya sino los restos, alterados y remotos, de la niña, que una vez había sido

(ingrávida astronauta viajaba a planetas alejados, recubiertos de azúcar y algodón, con el núcleo de manzana caramelizada),

...No quedaban ya sino los restos, y el pulsar de una urna en que guardaba todos sus recuerdos, salvo los de aquel terrible maremoto, que a la postre, había precipitado su caída.

Y otra vez, se le poblaba la memoria de raíces, y reptando, avanzaba hacia el centro del dolor:

ese cuadro lo podía haber pintado el Greco: la mortecina luz de aquellas velas, y los rostros, contorcidos por el éxtasis...

Aquello había supuesto el fin del matrimonio, y con las hijas ya crecidas (pero gravemente enfermas del parásito de la hipoteca), había emergido a una despiadada feria de ganado *con veinticinco años de retraso...*

II

Andante con forza

Le faltaban seis años para la jubilación: aceptó un trabajo, deprimente y mal pagado, en Barcelona, de pasante, en un bufete de abogados,

y subía cada mañana al tren feliz, aunque nadie contestara: «Buenos días, buenos días, hace una mañana estupenda, ¿no es verdad?».

Pero, con las horas, se iba enfriando. Eran tantas cosas... Empezó a pensar que aquella gente era inhumana...

Había cientos de detalles, como cuando (ignorando su presencia) murmuraban: «Pero qué se habrá creído: ¿seiscientos euros le parecen poco? Pues hay miles esperando para entrar». Ella conocía las pingües cantidades que ingresaban en sus cuentas cada mes; por otro lado, era exactamente su salario...

Otras veces, recababan su opinión: «¿Cuáles te parecen más bonitos?». Pero Paula distinguía solo el precio, en la pantalla del portátil. «Trescientos euros por unos zapatos... la mitad de mi sueldo...»

No era inusual que, tras hablar con el cliente, negociaran otro acuerdo con la empresa. «Es lo que nos dan. Sí, ya sé que no es lo que dijimos, pero tienen buenas bazas y no ceden. Te lo piensas y nos llamas, ¿vale?».

Los despidos suponían la mayoría de los casos. No podía empatizar con los ejecutivos: «Su indemnización triplica lo que yo no habría ganado ni en diez vidas». En cambio, con los Eres, se sentía trastornada: el alma se encogía al pensar en las familias destruidas.

«¡Un negocio estupendo, esto de la crisis!», repetían, y el champán se derramaba, y el eco de sus voces persistía, en el tren, durante el viaje de regreso.

Y aún tenía Paula un instante de felicidad, mientras caminaba hacia su casa, contemplando el crepúsculo incendiado. El sólo y fugaz regalo de sus días.

Luego, cenaba pronto, y se acostaba. «Cuando te levantas y te acuestas con el mismo frío, estás perdida: el frío te ha vencido». Entraba el tren en Sants, con un largo pitido...

III

Vivace con fuoco (con acqua)

La mañana del 3 de febrero del 2014, entre las nueve y media y las diez, Paula empezó a llover.

Los diques reventaron, uno a uno en su garganta, y las aguas comenzaron a brotar, incontenibles...

–Paula, ¿qué te pasa? Paula, por favor: ¡para! ¡Paula, Paula, Paula! –gritaba la jefa, dando órdenes al resto de empleados, para que pusieran las cosas a salvo.

Pero enteros los legajos se les deshacían en las manos, mientras los ordenadores chisporroteaban antes de expirar.

–Paula, ¿qué te pasa? Paula, ¡por Dios! ¡Para, para, para, para!

Pero Paula no dejaba de llover. Había acumulado lágrimas durante largos años de sequía,

y las emociones se habían evaporado, mientras la crueldad centelleaba en las retinas verticales de taimados cocodrilos.

–Paula, ¡deja de llorar! Por Dios, para, para de una vez. ¡Paula, Paula!

Pero Paula no dejaba de llover. Y su piel, cuarteada, se regaba con el agua de los ríos; y la vida, impetuosa, brotaba de nuevo.

–¡Paula, Paula, para, hija de puta! Estúpidos, ¿por qué no hacéis nada?

Pero Paula repelía sus intentos propulsándoles el llanto, como un camión antidisturbios equipado con cañón de agua.

–Paula, di: ¿qué te hemos hecho? Por favor, para, ¡para ya!

Pero Paula lloraba y lloraba, y los monzones anegaban los despachos de los abogados, y las fotos de familia y de las vacaciones –¡oh, cruel desgracia!– flotaban junto a cientos de despojos.

Pero Paula lloraba y lloraba y las lágrimas ascendían, como un tsunami, por las escaleras del primero, el segundo, el tercer piso...

Y los ascensores eran arrancados de cuajo, con la furia de un tornado.

...El cuarto, el quinto, el sexto piso...

–Paula, detente, eso sí que no te lo permito...

...El séptimo, el octavo, el noveno, el décimo piso...

Los despachos de la presidencia y de la Junta de Accionistas.

–Paula, ¡no!; por favor, ¡noooooooo…!

IV

Lento con dolore

Paula lloró tres largos días y tres largas noches.

Sin interrupción.

Todo el santo día.

Toda la maldita noche.

Es preciso mencionar que provocó inundaciones, y mantuvo en jaque a los servicios de emergencias, setenta y dos horas críticas.

Llegaría a mi consulta hacia las cuatro de la tarde, rodeada de efectivos de limpieza, que drenaban, bombeaban y secaban el agua a su paso.

Los agentes de la policía municipal se despidieron y pedí a Paula que aguardara en la sala de espera (había venido acompañada de su jefa):

«Paula, tienes que calmarte, esto no me lo hagas más», «No, señora, ya no más, no», asentía, enjugándose las lágrimas.

«Pase, Paula», dije. «Por favor, usted espere aquí», detuve a la jefa.

Unas nubecillas orbitaban su cabeza, al evaporarse el agua en contacto con los párpados enrojecidos.

La sal, el agua, habían excavado surcos en la tez resquebrajada.

Sonreía. ¿Por qué?

«Paula, cuéntame lo que te ocurre». «Doctor, estoy bien, yo tampoco entiendo nada».

Le hice pruebas y más pruebas. Tenía razón: nunca encontraría nada. Y sin embargo, Paula sonreía, y lloraba...

«Paula –dejé mis gafas en la mesa y le dije–: estás completamente sana, y quizá sea ese el problema...»

(Me miró con extrañeza. Proseguí):

«Es la sociedad, los psicópatas que te rodean...»

«Doctor», me interrumpió con suavidad: «Necesito trabajar». Su nariz goteaba, como un grifo mal cerrado.

Miré hacia la ventana y contemplé un oblicuo haz de luz que se filtraba entre el polvo en suspensión.

«De acuerdo, Paula. Toma estas pastillas y descansa una semana. Pronto estarás bien».

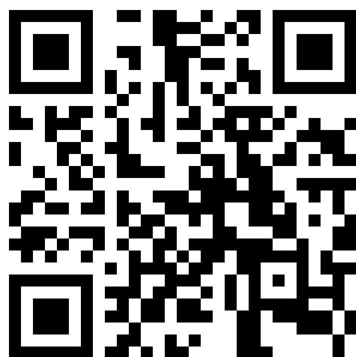
Paula reposó el fin de semana y el lunes se incorporó al trabajo.

Desde entonces no ha vuelto a llover.

«A veces», me confiesa, «para no escucharles mientras hablan, me pellizco en las piernas, con todas mis fuerzas...»

Y Paula se levanta y se va.

Observo que ahora lleva siempre pantalones...



(Paula o el llanto en la Nau Bostik. Acompañando al piano, Mireia Hidalgo, con la música que ella mismo compuso, inspirada en el poema.
https://youtu.be/o-lxK780akI)

4

Liberar el virus contenido en la palabra podría ser más peligroso que liberar la energía del átomo.

William Burroughs

Las gastadas palabras

Con la mortal desesperación de una madre que, entre lágrimas,
abandona, a las puertas de una sórdida institución,
la tierna crisálida, aún caliente, de su vientre.

Con la enajenada determinación de un padre sirio,
que introduce a su hijo por la ventana de un tren atestado
y lo deposita en unas manos desconocidas
–las improbables manos del azar–,
dramáticamente preferibles a un infortunio conocido.

Con idéntica actitud
–aun salvando las distancias, las crueles distancias–,
depositamos nuestros versos en internet, en un libro, en las paredes,
confiando en que el destino les sonría,
en que llamen a tu puerta y les abras el corazón.

Y sin embargo, esta metáfora es tan banal
como todas las palabras que en la noche duermen en los diccionarios,
ajenas al fragor de los bombarderos,
al estrépito ensordecedor de las detonaciones,
al desgarro de los cuerpos,
a los gritos, los gemidos de dolor,
al fuego, el humo, la sangre, los cascotes,
el llanto de los niños.

Pero, como el joven libio de la fotografía,
yo también rescataría los libros de entre
los escombros de mi derruida habitación,
porque, más allá de las imágenes, imprescindibles, sí,
pero a veces repetidas o caducas,
aún confío en el poder de las palabras.

El poder de hacer vibrar una campana, de suscitar
la reflexión. De mover, decididamente, a la acción.

En el envés del folio escribo versos

Versos que palpitan y despuntan bajo el tejido digital epiteliano,
como la larva inoculada por la avispa en el interior del hospedero,
como los dedos elongados bajo la alada membrana del murciélago,
como las vigas en su avance paralelo bajo el techo enmohecido,
como el relámpago, en el repentino cristal resquebrajado de la noche,
como los pezones erizados bajo la tela del vestido, en el baile,
como el miembro, bajo el eslip, mientras la mano se demora en el vientre,
como una bala alojada en el cuerpo que, en ocasiones, paraliza de dolor,
como el asesino emboscado tras el leve acordeón de la cortina,
como la aguja que se interna en la carne (invertida estilográfica),
mientras asciende impetuosa la sangre hacia el cartucho,
como el tacto áspero y sinuoso de una cicatriz mal curada,
como las raíces del árbol centenario, que comban y agrietan el pavimento,
como los signos de un alfabeto braille, que aguardan el tacto versado,

como el texto invisible que anhela el calor de la llama
para revelarse,
como la pesquisa decisiva del teniente Colombo,
que desarma al homicida acorralado,
como el virus que, distraído, yace en el pasamanos y,
mientras te alejas,
se introduce en tus células y, gozoso, empieza a multiplicarse...

Ah, si yo supiera los gustos del público

¡Ah, si yo supiera los gustos del público, la fórmula exacta para complacer a mis lectores!

Rociaría mi cuerpo con gasolina y, a continuación, lo prendería, sin dudarlo,

me subiría a una escalera y obsequiaría, con una lluvia dorada, a los asistentes a mis recitales,

azotaría con un látigo sus espaldas, hasta que gimieran de placer,

me disfrazaría de M punto Rajoy, para que la gente me patease por la calle, en carnaval,

enaltecería el terrorismo en el twitter, brindaría con pacharán y diría *ahí va la hostia*, cuando la policía viniera a detenerme,

me pondría una corona de espinas, y aceptaría el trabajo más deprimente y peor remunerado,

escribiría mis poemarios en papel higiénico; enloquecería por las noches y pintaría, con mis propios excrementos, los versos más procaces en las paredes de las pensiones,

me alistaría como voluntario para viajar a Marte o luchar contra el Daesh o para que la ciencia experimentase con mi cuerpo y con mi mente,

navegaría, en un globo decorado con la imagen del Santo Chumino, por un cielo de lunares, durante las procesiones de Semana Santa,

entraría en la casa de Gran Hermano y liquidaría a todos los participantes, siguiendo escrupulosamente un guión de Agatha Christie,

engordaría 300 kilos sólo para someterme a una rigurosa disciplina de adelgazamiento, y lloraría emocionado ante los avances decimales de la báscula,

dejaría que Ferran Adriá emplatara una paella sobre mi cuerpo desnudo, para sorprender a Ángela Merkel, cuando nos visitase,

ascendería, sin arnés, las Torres Mapfre, las Torres Kio, la Torre Agbar y la cruz del Valle de los Caídos,

saltaría desnudo al Camp Nou o al Santiago Bernabéu, envuelto en las banderas equivocadas,

me declararía en huelga de hambre, hasta que la gente comiera en silencio en los restaurantes,

me reencarnaría en los insectos, las bacterias, los microbios más despreciables….

¡Ah, si yo supiera los gustos del público, la fórmula exacta para complacer a mis lectores!.

Un poeta arde en el facebook

"¿La potente afición por las imágenes no se alimentará de una turbia oposición frente al saber?"

Walter Benjamin

Un poeta se quema a lo bonzo en el facebook.
Ha incendiado su estado. Se retransmite en directo.

Ha adoptado la posición del loto.
Se ha cubierto la boca y los oídos. Se ha tapado los ojos.

Un poeta, en el facebook, arde en directo.
Decenas de voluntarios vierten cubos repletos de "Me gusta".

El humo se extiende ya a otros estados:
los *selfies* aguantan como pueden, con lágrimas en los ojos;
las fotos del perfil se hacen enmarcar con trapos mojados.

El poeta sigue ardiendo en el facebook.
Los bomberos, desconcertados, han reaccionado con un "Me gusta" a la cremación, que ha sido "Me enfada" luego y "Me sorprende", después.
Recomiendan, encarecidamente, no compartir, para evitar así que el fuego se extienda a otros estados.

El poeta sigue ardiendo en el facebook.
En un estado más arriba, alguien tiene un mal día, y necesita consuelo…
En otro, alguien habla de la policía; en otro, del gobierno; en otros muchos, de sí mismos; y todavía en algunos, de la entera humanidad.

El poeta, aún, sigue ardiendo en el facebook.
Sentado, en la posición del loto, sobre haces de palabras resecas que, ahora sí, cumplirán su cometido.

«Hay que ver lo que hacen algunos para llamar la atención». El comentario obtiene tres me gusta, Dos me alegra. Un enfado.

El poeta apenas humea ya en el facebook.
Su estado ha sido reducido a cenizas.

La imprudente acción –han dicho en las noticias– ha causado daños de cierta consideración. Pero, afortunadamente, no se han producido otras víctimas…

Algunos aseguran ver al poeta, en el vídeo, encender un fugaz cigarrillo.

Tal vez su broma postrera…

El poeta invisible

El poeta invisible escribe versos invisibles que pulsan cuerdas inaudibles de emociones imperceptibles en personas invisibles.

El poeta invisible publica libros invisibles que acumulan un polvo invisible en las invisibles estanterías de librerías invisibles.

El poeta invisible organiza invisibles presentaciones a las que acude un gran número de amigos invisibles, así como invisibles personalidades del invisible mundo de la cultura.

El poeta invisible participa en antologías invisibles para contribuir a visibilizar la invisible poesía de poetas invisibles.

El poeta invisible es invitado a programas de radio invisibles, donde es entrevistado por locutores invisibles, mientras que becarios invisibles (con sueldos invisibles) se ocupan del sonido inaudible.

Sus versos invisibles viajan, inmóviles, a través del espacio invisible hasta los sordos oídos de oyentes invisibles.

El poeta invisible participa en festivales invisibles de poesía, donde los poetas invisibles manifiestan un recíproco interés invisible.

El poeta invisible publica poemas invisibles a través de las invisibilizadoras –a fuerza de visibilizarlo todo– redes sociales, donde obtiene un número indeterminado de seguidores invisibles, que se prodigan en invisibles *li-*

kes. Sus poemas se pierden, como lágrimas invisibles, en el fakebook.

El poeta invisible obtiene, a menudo, dinero invisible para cubrir sus gastos visibles.

El poeta invisible, después de años de invisibilidad, es finalmente avistado por astrónomos aficionados, desde distintos puntos del mundo visible.

Qué es poesía

Un salto que consuma el espacio
donde debería terminar.

Roberto Juarroz

La verdadera poesía es de un blanco puro,
decididamente sobreexpuesto o, por el contrario,
dramáticamente oscura. Podría ser monocroma
o ajustada a una cierta gama de colores.
Y, por qué no, una rutilante feria de neón,
contra el cielo azul tungsteno de la noche.

La *no poesía* es incolora. O de tonos pastel.

La verdadera poesía sabe a pan caliente –recién horneado– con aceite,
a vino blanco, a orujo, al chocolate con churros de la infancia,
la poesía sabe, ¿lo recuerdas?, como cada primer beso.

La *no poesía* es insabora. O sabe a palomitas de multicine.

La verdadera poesía suena como el canto de los pájaros, tras la lluvia,
como el dodecafónico ensayo de la orquesta,
como el silencio ensimismado de Miles Davis...

La *no poesía* es monocorde. O un éxito de Kiss Fm.

La poesía huele como el campo en primavera,
como el cuero nuevo o el café recién hecho,
como un ascensor impregnado en su perfume favorito,
y te sientes sin fuerza para pulsar ningún botón…
Pero, de repente, los presionas todos, decidido a pasar
(mientras se cierran las puertas) la postrera noche juntos.

La *no poesía* es inodora. O huele a pelusilla del ombligo de una infanta.

La verdadera poesía tiene los senos y el culo alto,
sabe distinguir un melón maduro magreándolo en la base.
La poesía eriza inopinadamente la piel, como un húmedo beso en el cuello.

La *no poesía* es lisa y blanda, como las tripas de un sofá.

La verdadera poesía se mueve como las olas,
gira en círculo (o en espiral) por el espacio infinito,
y baila siempre el tango, con geométrica y cortante precisión.

La *no poesía* camina como Chiquito de la Calzada.

La verdadera poesía se ajusta a las proporciones de la perspectiva áurea,
es bella y es fea,
a veces una beldad, a veces una carroña,
a veces, ni siquiera tiene forma.
Poesía eres tú cuando eres tú, o mejor, un *autre*.

La *no poesía* escribe siempre en papel pautado.

La poesía te despierta en medio de la noche,
y hará que te resfríes persiguiendo el inaprensible *It*, de Jack Kerouack.

La *no poesía* también.

Y ahora, si aceptáis un consejo, cortejad la *no poesía*.
La poesía es demasiado altiva y apenas baila con nadie.
Cuenta un amigo que una vez la vio bañarse, bajo el claro de luna, en el río.
Parecía un trémulo árbol en otoño, incendiado al sol del mediodía.
Mi amigo se quedó ciego en el acto y, desde entonces, toca el piano en un bar,
donde cada noche, sus dedos corren al encuentro del sinuoso y centelleante
fulgor carnal, y las parejas se mueven, como olas, en la pista,
y giran, como cuerpos celestes en el espacio,
y se besan en la calle, contra el cielo azul tungsteno de la noche,
y se palpan, con dedos expertos,
y vuelan a sus casas, donde hacen el amor,
y arden, trémulos y enervados,
como árboles en otoño incendiados al sol del mediodía.

¿Y aún preguntas que es poesía?
Poesía es ser Uno con la vida.

Todo es perfecto

Dije: Todo, completo.
¡Las doce en el reloj!

Jorge Guillén

La una de la madrugada
y todo es perfecto.
El calor sofocante,
el vehículo que adelanta por la derecha
y la rotonda sin iluminar:
todo es perfecto.
La Luna menguante,
las golondrinas en el nido
y las bolsas de basura,
desparramadas por el suelo:
todo es perfecto.
La última noche de la temporada en el Bodegón Poético,
un poco más floja quizá
(el calor, la pereza o el Barça),
pero un poeta absolutamente heroico:
todo perfecto.
La cervecita con los colegas,
otro colectivo que se deshace,
la gente no se implica,
los viejos están de vuelta,
los jóvenes no se esfuerzan,
el anarquismo es una cosa muy rara…

Y todo es perfecto.
El cáncer flota en el aire enrarecido del *Baix Llobregat*,
la próstata protesta,
y el emparedado de jamón dulce y queso es perfecto,
y un pájaro canta, y todo es perfecto.
El sueño ya me arrulla y, aunque el poema
es claramente imperfecto, todo es perfecto.
El camión de la basura proyecta luz estroboscópica
en la pared del dormitorio,
y mañana tendré resaca y todo será perfecto.
Sí, todo será perfecto.
¡Todo será perfecto!

Nocturno

Todos los hombres tienen erecciones mientras sueñan.

Sigmund Freud

Todos los hombres tienen erecciones mientras sueñan,
y afuera se aprecia el efecto Doppler en las voces de contralto y mezzosoprano de adolescentes al pasar.
Aúlla el huracán,
y el jinete de Magritte galopa, frenéticamente traslúcido, en el hayedo.
Aún está alta la noche, y los hombres tienen erecciones en la fase REM del sueño,
y las mujeres se enroscan, y sus miembros se prodigan, con el fílmicamente acelerado crecimiento milenario de raíces en el húmedo subsuelo.
Cae arena sobre tus párpados. ¡¿Estás siendo enterrado vivo?! Desesperadamente intentas moverte, mientras cae arena sobre tus párpados.
Era solo un sueño. Vuelve a dormir…
Los astros tiritan azules a lo lejos y, bajo la quilla de los barcos, el hielo crepita y se resquebraja.
El Nautilus desciende rápidamente hacia las más profundas honduras oceánicas:
fosforescentes criaturas de improbable anatomía centellean y se desvanecen en la noche abisal.

Nuestro amor de quince años yace ahogado, como Ofelia, en el estanque, y la voz se nos clava en la garganta, como entonces.

Las carrocerías de nuestros viejos amantes se oxidan al sol, orilladas en los desiertos de la Ruta 66.

Una nube atraviesa la Luna en cuarto menguante, como una caravana bereber en el desierto.

A la luz de la Luna yo te besaba en el coche y tus cabellos fosforecían y toda tú eras un salto de agua y tus pechos cabrilleaban como peces bajo la superficie del estanque y erecto en el sueño descendía, como el Nautilus, hacia tus más profundas honduras oceánicas, y tus miembros se prodigaban en torno a mí, con el fílmicamente acelerado crecimiento milenario de raíces en el húmedo subsuelo, y en tus pupilas desvanecidas centelleaba un instante el placer reflejado de las mías…

Todos los hombres tienen erecciones en la fase REM del sueño, y en las ciudades, las sombras se extienden, en diferentes direcciones, bajo la anaranjada luz de las farolas.

¡Cinco minutos y a escena! Nuestros amigos y enemigos se confunden, en el caótico cabaret de la noche.

La función está a punto de empezar: es probable que beses a quien trató de envenenarte, o que revivas una escena que, en realidad, nunca sucedió.

En los camerinos, los familiares actores ensayan sus papeles: un desconcertante collage, no exento de sentido…

Los sueños zurcen y recomponen los calcetines que la vida nos fue gastando,

y a veces, durante un instante

–como el rayo verde–, muestran
nuestro reverberado rostro subacuático prenatal,
aquél que una vez abandonamos en la maleza, ante el venidero y ya incesante trasiego de máscaras.
Amanece, y el no-gallo canta, en su parquinsoniana e invisible silueta, de rey polichinela, el primer wasap del día.
Nuestro cuerpo, vomitado por la marea, emerge del sueño y oh, milagro, aún respira.
...Ya encendió el Sol sus candelabros y la Tierra,
esa vieja prostituta, demacrada y triste,
se apresta a iniciar su aprendida singladura, surcando,
monótonamente,
intangibles islas de frío y soledad...

Insomnio

Creo en las noches.

Rilke

Hay un rumor de trueno
en la piedra cilíndrica de la noche,
que amasa y contiene
todos los taxis,
todos los burdeles,
los rugidos de motores en celo,
los sollozos contra la almohada,
los infinitos trenes que recorren
monótonamente
la noche. El ladrido de los perros,
el llanto desgarrado de los niños,
el efecto Doppler de las ambulancias
y los coches de la policía.
El zumbido de los mosquitos,
el cri-cri de los grillos,
el crujido de los muebles,
la oración del frigorífico.
El fragor subacuático del pub,
tras las puertas herméticas,
el escape libre del ciclomotor,
los gritos degollados de los gatos y el sinuoso ronroneo
de las gatas en celo. Los aplausos

en el cabaret. Las sillas
apiladas, las terrazas que recogen.
Lo siento, vamos a cerrar.
Los cristales rotos, las navajas,
el pulso tenaz de zapatos deshabitados,
el frufrú de las sábanas,
el oleaje de millones de alas de murciélagos.
El silencioso aleteo de los párpados
en la fase REM del sueño,
y el agua bautismal
                    sobre las calles
                                        putrefactas...

EPÍLOGO

Somos una sociedad de células que cooperan de maneras fabulosas para mantenernos vivos y en buen estado, pero las células cancerosas rompen todas las reglas de cooperación en esta comunidad feliz.

Lewis Wolpert

Se trata de cáncer

Se trata de cáncer, se trata de cáncer, se trata de.
Hundirán sus manos en tu cuerpo
y la sangre correrá canalizada,
mientras que una precisa coreografía
de batas y bisturíes se desplegará
al ritmo de tus constantes vitales
monitorizadas. El mundo
cerrará el telón con languidez,
tras recorrer interminables pasillos
de hospital, frente a la mirada indiferente
de un anónimo camillero.
Se trata de cáncer, se trata de cáncer, se trata de.
Hundirán sus manos en tu cuerpo
y abrirán, sajarán, succionarán, extirparán
un poco más allá de lo necesario,
para asegurarnos de que lo extraemos por completo.
Aunque habrá que valorarlo tras la operación,
no descartamos la quimioterapia,
combinada con sesiones de radio.
Se trata de cáncer, se trata de cáncer, se trata de.
Hundirán sus manos en tu cuerpo,
profanando ese orden sagrado que perduraba
desde tu nacimiento. El coordinado,
envolvente brotar de las células,
de fuera hacia dentro. El mágico demiurgo
genético, proteínico.
Podemos evitar el dolor
(excepto en la parte de la quimio).
La vida será diferente, pero vida al cabo.

Las probabilidades de éxito, como ve, son notables.
Es sólo cuestión de tiempo, el cáncer
siempre llama dos veces, habías oído
decir a un investigador, amigo tuyo.
Tanto va el cántaro a la fuente que, al final,
las instrucciones se corrompen o desordenan.
Fumabas, bebías, una vida sedentaria,
una dieta inadecuada –según tu fenotipo–,
ingerías productos tóxicos, vivías en una zona
expuesta a contaminantes,
o, simplemente, se activó tu reloj genético:
esa parte de la herencia, no deseada.
Se trata de cáncer, se trata de cáncer, se trata de.

Y ahora, el desorden del mundo
está también en ti. Al fin lo has conseguido:
¡ser Uno con el Todo!
Miras, a través de la ventana, y comprendes
que la humanidad es también un cáncer:
toneladas de hormigón vertidas en infinitos hexaedros,
como piezas de dominó, hasta la náusea;
innumerables arterias, surcadas por tracerías
luminiscentes
se retuercen, en diferentes direcciones y a distintos
niveles.
La humanidad, cancerígena, se expande,
tratando de alcanzar un último tejido sano,
de prolongar, un poco más, la rutina metastásica.
La naturaleza, en todas partes, acalla un último estertor.
Se trata de cáncer, se trata de cáncer, se trata de.
Y ahora, por fin, el cáncer se extiende,
sin solución de continuidad, dentro

y fuera de ti. El cáncer y tú
ya sois lo mismo. Aunque,
quizá, siempre lo fuisteis.
Desde tu más tierna infancia.
Tus valores y tu modo de vida.
Tu mundo. Era sólo un cáncer.
Y el cáncer se multiplicaba, en proporción geométrica,
por todo el planeta, en rápida metástasis:
el fuego, el agua, el viento, la tierra, el pensamiento, la palabra,
lo bello, lo justo, lo bueno, lo banal y lo sublime,
lo cierto y lo incierto, el arte, la cultura,
la educación y el alimento:
todo era arrojado diariamente a la colosal trituradora,
en provecho
de las células cancerígenas,
en detrimento
del apoyo mutuo y la solidaridad,
que habían sostenido
el equilibrio en el organismo,
el equilibrio en el planeta.

Ánimo, saldremos adelante,
te dice el doctor; estrechas su mano.
Recibes unas palmaditas en la espalda,
mientras traspones por la puerta.
Tus ojos miran de nuevo
el mismo mundo de siempre...

Índice

Este libro se acabó de maquetar, imprimir y encuadernar en los talleres de Descontrol Editorial en Can Batlló en abril de 2018